

nas esbozado, de guerreros. En un plano superior, vuelan de cada lado grandes Victorias aladas, interpretadas con soltura y dentro de la más moderna técnica. En último término, superando todos los planos y en el ápice del monumento, Simón Bolívar parece volar, a caballo, seguido de las Victorias.

Las excelencias de esta obra, a mi modo de contemplarla, son éstas: ante todo el dinamismo, el *elan*, la impresión de vuelo, y después, el desenfado con que están manejados los grandes bloques, de conformidad con la norma de la arquitectura moderna, que rechaza la decoración inútil, poniendo frente a frente a la piedra inmaculada y a la luz del sol que hace vivir a la primera con sus reflejos cambiantes. También la armonía resultante de las grandes masas desnudas, de cuyo equilibrio armónico surge una belleza que no pudo ser antes obtenida por medio de los símbolos manidos. Luego las aristas continuadas que dan a las piedras calidades de enormes gemas. Todo esto se encuentra en la arquitectura y en la escultura de la post-Guerra manifestaciones, con las demás bellas artes, de un estado mental, que barre con todo lo inútil, que busca la verdad y que, sobre cimientos de justicia, quiere levantar un más lógico, racional y humano edificio social. Todas las grandes conmociones nos han dado su arte correspondiente. La revolución francesa nos dejó el romanticismo. La Gran Guerra, no liquidada todavía, nos está dando este otro arte de verdad y de fuerza. Por esto, está bien que un monumento de tales normas vaya a levantarse en aquella ciudad levitica.

Ahora nos permitiremos unas indicaciones que ojalá no vayan descaminadas.

Creo que el primer plano vertical del frente del monumento debe resolverse en prisma. Así la sensación de vuelo y de dinamismo sería mucho mayor aún. Parecería una proa desde lo alto de la cual Bolívar se lanza al espacio seguido de sus grandes victorias aladas, como por un grupo de Walquirias. Las figuras del friso creo que no deben ser de guerreros sino de trabajadores. Ya es hora de que desaparezca de los monumentos sacros toda esta chatarra de cañones, fusiles, lanzas y trompetas. La guerra, que ya está fuera de la ley, no debe ser evocada en arte; menos, consagrada. Bolívar hizo la guerra muy a pesar suyo y porque no tuvo más remedio, siendo la de la independencia una guerra civil entre hermanos, por un objetivo político, que, una vez conseguido y consolidado, debemos sustituirlo por el de la Confederación de los pueblos hispánicos. Y en lugar de esos guerreros deben estar allí los trabajadores, los que forjan el porvenir, en lucha contra las fuerzas naturales, en lucha con la sombra, en lucha contra la ignorancia. Debemos sustituir en el símbolo y en la realidad los elementos bélicos con los artefactos del trabajo: el martillo y la hoz, el hacha y la pala, el barreno y el pico, la garlopa y la sierra, la esteva y el trillo, la regla y el compás, la retorta y el microscopio, el teodolito y la lámpara, y sobre todo, el libro que redime a los pueblos. En fin, todo aquello con

lo que se produce, con lo que se crea, con lo que se sirve a la humanidad, no con lo que se hiere y se extermina a los otros hombres, ampliando horriblemente la obra del dolor y de la muerte.

El caballo sobre el cual cabalga Simón Bolívar es el clásico caballo de sus otras estatuas de Lima y de Caracas. Es el caballo lucio, redondo, gordiflón, en la actitud teatral del encabritamiento, presentándose sólo sostenido por las patas traseras y por la cola. Este caballo fué introducido en el arte por Velázquez; y en él, el inmortal sevillano hizo montar a tipos de la realeza como Felipe IV, el juerguista, y el infausto príncipe Baltazar Carlos, o a cortesanos menguados como el Conde Duque de Olivares. Caballos que parecen jacas como las hacaneas de las infanzonas, estos caballos estaban bien para tales gentes, y por eso los escogió Velázquez. Luego, los escultores italianos del siglo XVIII y del siglo XIX le plagieron sus bestias al pintor mago, inundando el mundo con caballos redondos, buenos como digo, para reyes y cortesanos. Para Bolívar, no. Bolívar resulta muy mal sobre un caballo de esos. Él, en vida, montó los potros de las llanuras del Orinoco. Y en la glorificación, en la idealización, ya no puede montar sino sobre pegaso o sobre Babieca, o sobre Rocinante. Sobre Pegaso, el Poeta de la Acción y del *Delirio*. Sobre Babieca, como el Cid, porque Bolívar es el más grande héroe español de todos los tiempos. Y sobre Rocinante, porque él es don Quijote-Bolívar como le llamó Unamuno. Los señores Zwobada y Letourneur rectificarán, seguramente, su caballo bolivariano, estilizándolo en líneas más puras que concuerden con la eurytmia que domina en su obra.

Un punto esencial de la realización de

esta obra es la elección de materiales. Realizada en cemento resultaría una cosa horrenda. Lo mismo en piedra artificial o en tantas otras pastas con apariencia de piedra que ahora se fabrican por aquí. La misma noble piedra berroqueña de nuestros Andes no sería apropiada. Empleada de esa manera, daría la impresión de los muros de una cárcel o de los bastiones de un fuerte. Las masas arquitectónicas así concebidas reclaman, exigen el más noble, fino y terso material: mármol de Carrara o granito de tonos claros, pulimentado como un cristal. Fuera de estos materiales, juzgo que no hay otros apropiados, y fuerza es emplearlos, cueste lo que cueste. Una concepción plástica de este estilo lleva en sí misma, como consubstancial, la riqueza de los materiales.

En Concurso tan importante como éste al que han acudido 154 artistas de casi todas las nacionalidades de Europa, no ha dejado de llamar la atención, la ausencia absoluta de artistas españoles. Y, claro, ha surgido a flor de labios la explicación vulgar: se trataba de un monumento a Bolívar y ¿cómo iban a prestarse los españoles a la glorificación de aquel que terminó con el dominio español en América? ¡Pobre argumento! Los artistas españoles han superado, ya hace tiempo, ese estrecho estado mental. Lo prueba el hecho de que la mayor parte de los monumentos glorificadores de la Independencia que se alzan sobre el haz de la América son obra de artistas peninsulares. Y a tal punto ha llegado la amplitud, la comprensión y la generosidad hispánicas que ahora mismo se encuentra en vías de franca realización el proyecto de un monumento a Bolívar en Madrid, centro y corazón de España!

César E. Arroyo

Marsella, 1930.

Por tierras españolas

Boston, Mass.,
14 de Noviembre de 1930.

Sr. don Ricardo Fernández Guardia,

San José.

Mi querido amigo:

Muchas veces quise escribirle desde España donde pasamos dos meses y medio muy felices, encantados del país, de la gente y de la vida española tan placida, tan agradable, tan distinta de la que se lleva aquí, pero, claro, apenas si tuvimos tiempo para enviar a los amigos de cuando en cuando una tarjeta postal, en los apuros de ver todo lo que queríamos ver. Usted que conoce España puede imaginarse con qué gusto llegamos allá y cómo se nos iban las horas en aquellas viejas ciudades llenas de arte y de historia, metidos todo el santo día en iglesias o en museos, y con qué cansancio volvíamos las noches al hotel a descansar para volver a lo mismo a la mañana siguiente.

Hicimos una gira interesantísima. Entramos por Cádiz, una tarde espléndida como las de nuestro trópico, y nos la

empleamos curioseando en coche por entre pintorescas callejuelas que miran todas al mar y recuerdan el Africa o el Oriente por su alegre rumorío. Se explica que allí naciera Castelar con su fantasía portentosa y aquel otro parlador abundante, don Segismundo Moret, cuyas estatuas eternizan entre palmeras sus arrogancias de tribunos del buen tiempo antiguo. ¡Y qué jardines! Dudo que haya en ninguna parte flores tan hermosas. El nuevo hotel Atlántico que acababan de inaugurar, estilo marroquí, todo blanco a orilla de la bahía toda azul, es un sueño de las *Mil y Una Noches* de que sería difícil, casi imposible, despertar, si no fuera por la necesidad de pagar la cuenta.

Al día siguiente, aunque con el *regret* de no haber visto el edificio de las Cortes, antes Oratorio de San Felipe, más que por fuera, y de haber echado sólo un vistazo a la Catedral y al Murillo de los Capuchinos, nos largamos a Jerez de la Frontera, que es otro pedacito del Paraíso Terrenal, de viñas famosas y de fruta más buena y más sabrosa que la